

TESTIMONIO

Arturo Marasso y su Creación Poética

FRANCISCO EFRAÍN DE LA FUENTE

“Cada uno debe decir lo que fue o lo que quiso ser, dar su impresión del mundo, del hombre y de todos los seres, animales y vegetales; lo que pensó ante el universo y ante sí mismo”.

Con estas palabras inició Marasso una confesión autobiográfica y ajustándose a esta manera de pensar, fue desgranando en sus obras los más importantes episodios de su vida.

Nació en Chilecito, el más deleitoso valle de la provincia, el 18 de agosto de 1890; las colinas próximas, eucarísticamente dispuestas, le brindaron el refugio y el aislamiento anhelados siempre y en el cóncavo escenario, hecho de piedra y montaña, transcurrió su niñez.

Fue la Naturaleza quien nutrió inicialmente su insaciable intelecto, quien le enseñó a escudriñar pacientemente y quien hizo aflorar su insospechable riqueza afectiva.

El agua fue un elemento de irresistible atracción en su infancia y de permanente evocación en sus libros; habló de ella como de una amiga entrañable y tangible; la evocó en su serpenteante destino, en la placidez de los remansos, en las tormentas nocturnas cuando los truenos parecen hacer estallar la bóveda del cielo y en sus furias, en los raudales avasalladores de las crecientes donde “corre y brama un agua oscura, voraginosa, rauda, tremenda”.

Enamorado del agua en la infancia, ya hombre escribió: “Todo ser tiene por centro la humedad de la tierra”, apreciación cuyas raíces entroncan en la concepción del viejo milesiano, de Thales, que inauguró el saber filosófico en aquella Grecia tan cara a sus sentimientos.

“El árbol, el pájaro, la guija del camino”, fueron manos surgidas de la tierra que lo hicieron “entrar de manera maravillosa en el mundo de las cosas que existen y en las cosas que, acaso, no existan jamás”. Por eso pudo escribir: “la huerta, y el jardín fueron mis maestros; no sé si me hablaban con palabras (las plantas, pero) en la infancia, nos entendíamos”.

Quien lo inició en ese culto de amor fue su padre al hablarle de esta manera: “Nunca debe perseguirse un pájaro. Es nuestro hermano. Nunca debemos destruir lo que Dios crea”. Mas de esta recomendación que es tácito reconocimiento de una ley moral y una norma de conducta, ascendió su progenitor a una mística concepción: “la naturaleza es inmensa. Estúdiala y sobre todo ámala; el estudio sin amor es ciencia muerta;...al admirar una flor, una piedra (el amor se convierte en plegaria, en arte)”.

Esta paternal enseñanza le reveló un secreto, la existencia de guardianes en la tierra, espíritus selectos donde el mal no tiene cabida y el amor se esparce generoso como la luz del sol. “El que ama la tierra

y el invisible pensamiento que germina en las cosas, ama a estos seres”.

Las celestes y majestuosas luminarias también fueron motivos de precoz atracción; el cielo de la noche fue la continua admiración de su infancia; la noche de las montañas lo sumergía en una región misteriosa.

Pero sería la luna chilicense, colgada en los filos del Portezuelo, “la luna grande, redonda, nueva, sin un celaje” que suele flotar en los cielos “como un arca de oro” al decir del poeta quien revelaría al niño su ubicación en el Cosmos.

Con sólo siete años fue ascendiendo de un mundo físico, real, positivo, a otro, ideal, donde regodeaba su espíritu; daba razón a Platón sin haberlo leído.

Una abuela casi ciega habría de arrastrarlo “al laberinto de la imaginación y de las fábulas”. La venerable anciana volcaba en el pequeño las abundantes lecturas de sus mocedades; episodios bíblicos alternaban con relatos monotoneros, consejos misteriosos con antiguos cuentos y este mágico mundo, pasó a fundirse con el otro, con aquél que capturaban sus sentidos.

Una virgen del Perpetuo Socorro fue su devoción infantil y su acceso a la religión y a través de las interpretaciones de piano de su padre, descubrió el misterio de la música. Es que como reconoció uno de sus comentadores, nada pasaba sin dejar huella, nada le interesaba exteriormente; todo lo grande y lo hermoso que incidía sobre su alma, entraba en su mundo maravilloso y se mezclaba en su destino.

Fue su primer maestro don Belisario Lobos, con él traspuso los umbrales de la ciencia y se inició en la lectura que no abandonaría jamás.

Muchas albas habrían de sorprender a este niño huraño leyendo un volumen que fue de González, fundador de la Biblioteca del pueblo.

Los libros lo acercaron a la poesía y una vibración nueva transformó su espíritu, se

reconoció poeta, pero tímido por naturaleza, trabajaba sus versos apartado de todos por el temor de ser descubierto; satisfecha la necesidad de sentirlos, abría un hoyo en la huerta y los entregaba a la tierra.

Desde Chilecito se trasladó a la Capital para terminar sus estudios primarios; lo hizo acompañado de su madre.

La Rioja que un tiempo atrás había experimentado los horrores de un terremoto, lo impresionó vivamente; siempre estuvieron presente en sus evocaciones, las antiguas casas de anchos muros y tejas rojas, con sus ramosos algarrobos, sus umbrosos huertos y sus aljibes; también los antiguos conventos y muy especialmente su plaza.

“Cuando empezaban a alargarse los días, a florecer los árboles, el verdor de los naranjos se cubría de nieve. Nieve olorosa, luminosa en la noche; caía esta nieve en la plaza, en las calles, en los huertos” recordaría años después.

Su experiencia escolar fue triste sin embargo. Mientras otros niños reían y jugaban, él buscaba los tesoros de la indagación humana; pero faltó comprensión para sus inquietudes, estímulo para sus afanes, valoración para sus méritos.

Yo había venido de la colina aldeana inocente como una hoja verde —recuerda—, mi abuela me llamaba cogollito... cuando yo escribía composiciones, el maestro decía que las había plagiado; yo que llevaba una joya de mi noche insomne... le respondía con angustia que no; me echaba por eso de la clase”, pero el regente, un hombre temido, que no sonreía e imponía respeto, algo adivinaba porque al verlo en el patio, sin preguntarle nada, lo tomaba de la mano, le volvía a la clase y hacía que se sentara en su banco. “Nunca le dí las gracias” —se reprocharía después—, (y) “quizá por él aprobé el sexto grado”.

Expiraba ya el año 1906 y con él, una etapa de su vida.

ARTURO MARASSO Y SU CREACIÓN POÉTICA

Catamarca fue el escenario geográfico de la segunda. Lejos estaba de imaginar el mocito de dieciséis años, que en ese ambiente de profunda fe cristiana, experimentaría la emoción de las definitivas transformaciones, que allí se realizaría como poeta y uniría su vida con un ser de excepción.

Los primeros tiempos fueron de indecible angustia; habituado a la soledad no soportaba la vida del internado ni de las casas de pensión; el bullicio de "esas activas madrigueras de escolares" como humorísticamente las llamara, le hacían perder "la intimidad del ánimo".

Poseído ya del "delirio poético" e incapaz de lograr la tranquilidad anhelada, ganaba la calle solitaria con el numen en los labios a componer versos, o mejor, para decirlos porque brotaban irreprimibles y no siempre llevaba papel para anotarlos. Cuando paseaba con esta "sagrada compañía", más de uno confundió con vanidad su inadvertencia.

Movido por un insaciable deseo de conocimientos se aplicó ejemplarmente al estudio; su nombre comenzó a tomar prestigio al punto que un profesor comentó en cierta oportunidad: "Tengo de alumno un chico riojano que nos puede enseñar a todos los profesores juntos de la escuela". Venciendo su habitual modestia, Marasso reconocería: "No exageraba mucho... enseñaba historia antigua, y a esa materia, en la obra de los poetas, historiadores y aún filósofos, yo había dedicado interminables lecturas de niño".

Caminaba cierto día "envuelto en la llamada de los versos", cuando otro amor, más cálido, más tierno y más humano irrumpió en su vida. Se llamaba Berta Gómez y era una colegiala de catorce primaveras. En ese instante, dice, "descendieron apresurados ángeles a unirnos con ligaduras de eternas cadenas (y) sin habernos hablado nunca (supimos) que habíamos construido un muro que ninguna fuerza podía derribar".

Berta fue desde ese día, la destinataria de las mejores flores cultivadas en el jardín de su retiro interior.

En 1910 obtuvo su título de maestro normal, relegando incertidumbres y temores a un pasado felizmente irreversible.

Mi audacia juvenil de saberme poeta y quizá conocedor de muchas ciencias me trajo el dardo de escasos censores, dice en una evocación. "Haber invadido a Catamarca con mi exaltación y mi fecundidad de verso y en prosa, no me quitaba mi condición de no ser hijo de ese pueblo".

Aunque los verdaderos maestros lo admiraban y defendían, otros hubo que intentaron burlarlo, amedrentarlo, detenerlo; los recuerda con amargura en sus memorias porque lo hicieron retornar derrotado, anquilado, a la casa aldeana; fueron los que deslizaban "por nada un aplazo vacilante para ver si lograban mantenerlo", los que envidiosos de su privilegiada memoria buscaban el "aparante error" o el que amenazó con no dejarlo recibir por sentirse aludido en esta evangélica expresión: "¡Ay, del que no ve la hermosura de una frutal".

Por ello es que en nostálgico balance, manifestó: "Catamarca fue el escenario de mis luchas, de mis triunfos; la zona amiga o peligrosa, donde si se me combatía o desdeñaba, no fui derrotado, sino exaltado, glorificado".

Un librero amigo se ofreció a publicar en un volumen sus encendidos versos juveniles, pero el poeta que se había puesto "la rama del verde lauro cuando apenas dejaba de ser niño", no se atrevió.

Cerramos su segunda etapa, imaginándolo en la descripción de un antiguo y noble profesor de la Escuela: "un simpático rubio que canta al hablar y canta en verso y canta en prosa. Ha nacido con la nota de la melodía en el espíritu y en su prosa toca la elocuencia".

En mayo de 1911 inició el periplo de su consolidación.

En razón de haber colaborado literariamente en el periódico *El Debate*, su dirección, en nombre de la provincia catamarqueña, agregó a su último sueldo una cantidad alentadora y con ese "dinerillo" decidió tentar suerte en la desconocida Buenos Aires.

Para la madre venerada y las tías cariñosas era un ídolo, lo querían poeta, pero deseaban las orlas de un título y estaba también de por medio el entrañable cariño a Berta a quien deseaba desposar.

Sentado en el duro banco de un tren de segunda clase, dejó atrás el cálido entorno provinciano, los rostros amados y también "la fervorosa obra lírica" de su adolescencia; poco a poco fue invadiéndolo el asombro de la tierra verde, de un verdor sin orillas y en ese verde se quedaría. Para su timidez, el cambio tuvo mucho de desgarrador y de angustiosa incertidumbre. Acaso se haya preguntado: ¿Crecerá allí también el gajo verde del lauro?

Casi de inmediato inició su dilatada carrera docente y sus publicaciones.

Salvador Moreno Muñiz, un inspector de escuelas que había conocido en su infancia se apoderó de los papeles recién escritos obligándolo a publicar su primer volumen de versos: *Bajo los astros* que lo consagraba como delicado y sensitivo poeta.

Buena parte de sus versos —expresaría Estrella Gutiérrez— reflejan el choque de su espíritu hecho a la soledad provinciana con la Buenos Aires difícil e inasible. El amor aclara el cielo de muchas de sus páginas y el paisaje y la vida hogareña endulzan el recuerdo del joven proscrito.

Fue mi mayor éxito poético, reconoció el autor. A pesar de ello, del recibimiento propiciador y de ser el preferido de Berta, gran parte de la única edición que no fue numerosa, fue destruida por Marasso.

La gran urbe comenzó a ceder, prestigiosos críticos y poetas insignes no le retaceaban elogios y escritores de ánimo gene-

roso le brindaban su amistad en los cenáculos porteños que fugazmente transitó.

Para equilibrar sus escasos recursos sobrecargó sus actividades al punto que no conocía noches vagabundas, daba espacio al tiempo y lugar al estudio en cualquier sitio y a toda hora.

Cerca estaba sin embargo el premio de tantos esfuerzos, de tantos estudios y afanes.

Un amigo le informó que se estaba creando una escuela nocturna; los maestros enseñaban gratuitamente; una vez que funcionara normalmente se solicitaría reconocimiento oficial; le ofreció un grado; el peligro estaba en que, reconocida, se nombrasen otros. Pensando que el sueldo de ambas escuelas le permitirían casarse, aceptó y durante un año dio clases de siete a nueve de la noche, soportando lluvias y fríos por razones de distancia. El nombramiento se efectuó, pero ya no lo necesitaba: un importantísimo hecho se había registrado en su vida.

Cuenta el comprovinciano Jorge Luna Valdés que cierto día, conversando con el doctor Joaquín V. González, le manifestó:

- Me presentaron un muchacho riojano, de veinte años. Ha escrito ya un libro de versos y habla con la exaltación de Juan el Bautista. ¿Sabe qué confianza me hizo? . . . Yo no tengo la inquietud del triunfo. . . luchó ahora por ser sincero. . . nada más que sincero.
- Llévelo a casa - le respondió González.

Ese muchacho que no tenía la inquietud del triunfo quizá porque lo intuía, era Arturo Marasso.

Días después, el poeta de los astros se encontró por primera vez con el poeta de las montañas riojanas y si la emoción del bisoño casi le ahogó la voz, no fue menor la del maestro.

Oriundo de la misma geografía telúrica, nacido bajo los mismos resplandores cósmi-

ARTURO MARASSO Y SU CREACIÓN POÉTICA

cos... Marasso sintió la atracción irresistible de González y éste, avisado descubridor de prendas del alma, percibió ese aleteo que ya sustentaba vuelo, le acogió con cariño de amparo, le estimuló, le impuso y le aplaudió, dice Lascano González.

Con el pasar de los años, Marasso estamparía: "yo fui para él como un hijo amado; me mostraba a los hombres ilustres, con elogio y orgullo; me llevó de profesor a la Universidad; su nobleza, su estímulo y su afecto traspasan toda tiniebla".

Accedió a la cátedra de la Universidad por su inmenso saber, enfatizó un notable erudito y Marasso le dio razón: "Era lo mismo que me decía González con palabras que no puedo escribir porque parecerían increíbles. Las decía quizá para animarme. Vio en mí un colaborador para su querida Universidad; si yo hubiese sospechado que iba a ser profesor hubiera huido".

Con palabras sinceras, honestas, sin alardes vanidosos relata los orígenes de su saber excepcional: "Lo adquirí de los doce a los veinte años en una lectura incesante. Ya casi no era leer, era volar por los libros; sin embargo podía repetir lo que decían porque mi memoria debió de ser mayor de lo que pienso. Empecé desde Grecia leyendo todo lo famoso, según los textos de historia que me guiaban, y aún lo moderno y recién aparecido, atreviéndome, solo, en los idiomas; ningún maestro viviente, a no ser el anhelo de poesía, orientó mi formación; fui muy amigo de la ciencia aprendida en libros; ... ante ninguna forma de arte, desde el vaso griego hasta la pintura impresionista de esos años, permanecí indiferente".

Dura carga puso González sobre sus hombros al consagrarlo profesor, pero Marasso no lo defraudó porque a esa Universidad consagró su existencia jerarquizando la cultura literaria del país.

Otro regalo del cielo que le estaba reservado fue su vinculación con el eximio

poeta nicaragüense Rubén Darío que tuvo palabras de sincera admiración para su obra; como verdaderas reliquias conservó las cartas donde le llamaba "mi querido poeta". Por las tareas docentes y especialmente las gratuitas, se trataron menos de lo que hubieran deseado.

La separación de Berta, el alejamiento de la familia, la nostalgia de los escenarios provincianos, su desubicación inicial en Buenos Aires, la escasez de recursos, la dimensión de su anhelo y la espera angustiosa fueron los motivos de su copiosa obra lírica de los años 1912 y 1913 reunida en un grueso volumen; "se extravió en buenas manos", escribiría alguna vez sin dar razón de "no lo lamenté mucho", expresaría cuarenta años después.

Ocurrió que ese volumen debía publicarse prologado por el príncipe de los poetas americanos, pero la muerte sorprendió al gran Darío y los originales desaparecieron. En opinión de Casullo, debió ser el último trabajo que tuvo en mente.

El 15 de agosto de 1914 contrajo matrimonio, Berta tenía 21 años y él iba a cumplir 24, el idilio había durado 7 largos años donde ternuras, esperas y temores se habían alternado. Luego de una breve permanencia en La Plata pasaron a residir en Buenos Aires, en la calle Chile, una calle cortada, solitaria, donde vivieron 15 años. Para esa casa tuvo siempre un dilecto recuerdo: "allí se forjaron los grandes poemas, la innumerable suma lírica, los estudios de erudición" y fue también jardín de dicha, allí no supo lo que era el verdadero dolor; allí crecieron las niñas y las plantas de aromadas flores.

Pretender incursionar en la vastísima producción literaria de Marasso impone prioritariamente una clasificación de su obra, integrada como es sabido, por ensayos, trabajos de erudición y de carácter poético; paralelamente, y por razones de lineamiento expositivo, obliga a sacrificar la cronolo-

gía de sus escritos, no así la continuidad biográfica.

La labor literaria de los años 1914 y 1915 quedó registrada en un volumen titulado *La Canción Olvidada*, título que no fue de su agrado, como lo expresaría muchos años después y que delicadamente dedicara al Dr. Joaquín V. González.

Por la expresión melódica y la temática, es una continuación de *Bajo los Astros*. En la autorizada opinión de Estrella Gutiérrez, los poemas largos constituyen una cosmogonía lírica donde la vida y la muerte, los animales, las plantas, el mineral oculto, el más allá inescrutable, todo vive y se agita.

Tres años más tarde, en 1918, publicó *Presentimientos*, obra que patentiza la prosecución del ciclo iniciado en la obra primigenia y cuyo lirismo aseguró al autor el derecho de ocupar el sitio de los mejores poetas argentinos.

Por ser de muy autorizada palabra, transcribimos de un amarillento recorte, la carta suscripta por el eminente crítico y filólogo español don Julio Cejador y Frauca, referida a sus últimas publicaciones:

"Aunque no suelo escribir a cuantos me envían sus libros, escudándome para esta descortesía con que no me quedaría tiempo para otra cosa, no puedo menos de hacer con usted una excepción, porque veo por *Presentimientos* que va a ser usted un gran poeta. Ya lo es, y acaso el mejor de los nuevos de la Argentina. Debo pues, felicitarle y animarle si mi consejo a tanto alcanzare. Echeverría sigue siendo el modelo de los poetas argentinos, porque la poesía oratoria, brilladora y profusa, que se derrama a lo exterior, es muy del temperamento artístico del alma argentina. Lugones es la última más señalada muestra. Pero usted ha tomado otro sendero, el de la mirada para adentro, el de los hondos sentimientos del mundo y de la vida cual se reflejan en el fondo de su alma propia.

"Al desviarse así de los demás, pruebe tener usted personalidad literaria recia y muy suya.

"Distínguese su poesía por lo elevado de los pensamientos deducidos de la contemplación de la noche silenciosa, del cielo estrellado, del mundo de los seres, de la naturaleza en continuo cambio, y los expresa con sentimientos sinceros, estilo galano, dicción castiza. Maneja usted con gran soltura el verso libre y está ajeno a todos los efectismos pueriles del modernismo que todavía mancillan la poesía americana.

"Siga usted por ese camino de gravedad, de verdad, de profundidad, de alta y duradera poesía."

¡Qué magníficas palabras de aliento para el vate de las colinas chilecitas! y ese mensaje se lo trajo el mar.

En 1921, recobró vigencia su verso a través de *Paisajes y Elegías*, libro puro y fresco, iluminado por un claro sol de provincia que hace inolvidable los seres y las cosas. El paisaje y el alma de su montaña nativa están presentes en este libro más que en ningún otro en opinión de muchos de sus comentadores.

Transcurría el año 1924, cuando publicó *Poemas y Coloquios*, uno de los mejores libros de poesía que han aparecido en lengua castellana; "suerte de enciclopedia lírica donde las cosas de la vida y la muerte están sorprendidas en toda su hondura cósmica".

Asombra en él, no sólo el dominio del instrumento poético, sino también su concepción de la vida y de los problemas trascendentales a los que se acerca con inteligencia y particular sensibilidad.

Esta obra resultó distinguida con el Primer Premio en el Concurso Literario Municipal del año 1925, siendo Baldomero Fernández Moreno y Héctor Pedro Blomberg sus más difíciles contendores.

Desconocemos los motivos por los cuales a partir de esta época, suprimió su segundo apellido ya que la producción ante-

ARTURO MARASSO Y SU CREACIÓN POÉTICA

rior la firmó como Arturo Marasso Rocca (con dos c).

Y ya que accidentalmente hacemos esta mención, advertimos que localizar su partida de nacimiento nos llevó tiempo por cuanto no fue asentado en los libros parroquiales como Marasso, sino como Roca (con una sola c).

Con el ánimo de aventar suspicacias o malentendidos, damos lectura a la misma, tal como se halla registrada en el Libro XV de Bautismos, página 139:

“El día catorce de Agosto del año mil ochocientos noventa y uno: en la Iglesia Parroquial de Chilecito, Provincia de La Rioja, Obispado de Córdoba; yo el infrascripto Cura y Vicario, puse óleo y crisma a ARTURO que nació el dieciocho de Agosto del año mil ochocientos noventa, hijo legítimo de Francisco Roca, Italiano y de Clementina Porto, fue bautizado privadamente por el cura Cabrera, fueron sus padrinos Salviano Herrera y Hermosina Ocampo, argentinos y vecinos de ésta. Para que conste lo firmo. José Aimon”.

Con grafía y tinta diferentes se agregó posteriormente el apellido Marasso en la anotación marginal, por lo que en definitiva está registrado como *Arturo Roca Marasso*. También como *Rocca Marasso* aparece su hermano Eduardo en el tomo VIII, página 7 vuelta del Libro de Bautismos del Registro Civil.

Cuando localicemos la Partida de Matrimonio de sus progenitores o la de defunción del padre quizá podamos explicar la traslación de apellidos.

Luego de esta digresión, proseguimos:

Retorno, su sexto libro de poesías, publicado en 1927 fue considerado por Estrella Gutiérrez como un regreso a la poesía breve y ligera de la juventud, un descanso en la labor dura y ciclópea del poeta.

Otro de sus comentadores, Francisco López Merino cerró su largo análisis con estas

palabras: “don Arturo Marasso sigue siendo, por la hondura musical y por la originalidad de su obra, uno de los más puros poetas del país”.

Digno también de conocerse, es el juicio emitido por el doctor Antonio Sagarna, Ministro de Justicia e Instrucción Pública:

“Entre el mar y la montaña se exalta el panteísmo místico del exquisito artista... ¿Retorna? Quizá nunca se desprendió de su paisaje y de sus amores iniciales, pero quiero ahora acurrucarse más, hacerse un ovillito de remordimiento y de ternura, en el regazo de los recuerdos más hondos y más limpios.

Del vallejuelo en áspera montaña que cantara en *Paisajes y elegías*, toma nuevamente el dulce ánimo en *Retorno* y es desde allí, como un íntimo y silencioso coloquio con la cumbre, la noche, el bosque, el viento y el arroyuelo, el revibrar del alma del poeta. La inexhausta fontana sigue cantarina ofreciendo su linfa por el magnífico surtidor de cristal. Dios se lo pague”.

En 1931 vio la luz *Melampo*, el más grande y original de sus libros en la versada opinión de Estrella Gutiérrez; una nota extraña y única en la literatura poética americana. Dice en el minucioso comentario: “No parece escrito en nuestro tiempo, por un hombre de nuestro tiempo. Si lo encontramos en una colección de los mejores poemas griegos, nos asombraría su belleza recóndita, su perfección absoluta, su sabiduría simple, su penetración en las raíces de la vida, en el mundo del animal, de la planta y de la piedra. Su diálogo de un aticismo insuperable, refresca nuestra vida y es como un baño en el agua del tiempo”.

Un paréntesis de 18 años media entre este libro y el inmediato; no es que se haya llamado a silencio su estro ni se haya extinguido su privilegiada inspiración; el poeta fue desplazado por el erudito; ocho obras de este carácter lo confirman.

Un oasis dentro de esta febril actividad fue el homenaje que el Instituto Cultural Joaquín V. González le rindió en 1936, con motivo de cumplirse 25 años de la aparición de su primer libro *Bajo los astros*. Muchos amigos depositaron en las suyas un pergamino alegórico en el que aparecía un ánfora griega, un motivo incaico y la puerta de Samay Huasi.

Al agradecer la demostración, nuestro poeta expresó:

“Veinticinco veces retornaron las Pléyades al cielo de las noches anunciadoras, y ya cuántas miradas queridas las contemplan sólo en la irradiación del espíritu”.

Otras circunstancias no menos poderosas pero más crueles, coadyuvaban a su aparente alejamiento de las musas. La fulgurante y pródiga estrella que había iluminado su hogar hasta entonces, comenzó a opacarse, a extinguirse lentamente a partir de julio de 1943; al fallecimiento de la madre, se sumó la de su hermaso Francisco y Berta comenzó a enfermarse.

En 1944 solicitó su jubilación creyendo que descansaría en el estudio y el trabajo y terminaría “los ensayos de investigación que tanto exigen para entregar una leve parte; había reunido en más de treinta y cinco años, con tenacidad gozosa una biblioteca que era asombro de los entendidos”, pero vinieron años duros y los libros fueron vendiéndose para remediar necesidades apremiantes.

Con pena que traspasa el alma, escribiría en una de sus obras: “la venta... impidió que completara estudios empezados; muchos de ellos abarcaban en su elaboración más de la mitad de la vida; ya ese trabajo estaba perdido... destruí para que no quedaran como un reproche millares de notas sobre el helenismo en la literatura castellana (e) igual suerte corrió la historia interior de la poesía; tarde comprendí que era necesario para guardar los apuntes y continuarlos, poseer una casa propia; no

pude adquirirla...”. Es que los pájaros, hechos para el vuelo, caminan con torpeza sobre la tierra, escribió alguna vez Joaquín Neyra.

Pero la confidencia va más allá: la enfermedad de Berta y de una hija, los había llevado a una increíble y oculta pobreza; ya no quedaban fuerzas ni siquiera para buscar quien comprase, sin que ella supiese, el resto de su biblioteca; “una tarde en que debía desprenderme de un viejo libro que había sido para mí un tesoro y un orgullo, por adivinación reconoció la pena; me llamó desde la cama, vendamos los anillos, me dijo: eran el anillo suyo y el mío, que una tarde feliz y dorada de Enero de 1912 yo puse en sus manos y ella en la mía...”.

Bajo esta admirable conjunción de miseria terrena y opulencia espiritual, fue conformándose *La Rama intacta*, un volumen integrado por un centenar de poesías fuertemente teñidas de esoterismo. Apareció en setiembre de 1949, cuando Berta ya no podía leerlo.

Sobrevino un nuevo silencio, sagrado, hecho de lágrimas y recuerdos, se extendió hasta 1963 en que publicó *Poemas de integración*, libro de mística literaria en la que el espíritu penetra las esencias de los valores perdurables. Olvidamos apuntar que Marasso contaba ya 73 años.

Omitimos en nuestra reseña, dos obras del género *Poemas y Antología poética*, por tratarse de selecciones de obras anteriores.

Poemas es una valiosísima edición publicada por un grupo de amigos y discípulos en 1944, con motivo de su alejamiento de la docencia.

El ejemplar nº 1 le fue entregado en un homenaje realizado en el Aula Magna de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, con una concurrencia difícilmente superada.

En una evocación de sus magistrales clases, el venerado e ilustre profesor desarro-

ARTURO MARASSO Y SU CREACIÓN POÉTICA

lló el tema *La noche en la poesía de San Juan de la Cruz*, pero fueron sus palabras de agradecimiento, quizá, la mejor lección de su vida: “yo nunca he sabido lo suficiente para ser maestro. Lo único que yo he sabido, con cierta ciencia socrática, ha sido amar. Lo único que he sabido es... que el alumno es una cosa sagrada y que yo estaba aquí... para decir que la belleza es la aspiración más hermosa”.

El otro volumen, *Antología poética* es gemelo en contenido y formato al anterior. También fue editado por amigos y admiradores, en 1951, con motivo de cumplirse el cuadragésimo aniversario de la aparición de *Bajo los astros*.

Siempre hemos pensado que no es fácil deslindar dónde termina la poesía y dónde comienza la prosa; hay obras que escritas en prosa son un dechado de poesía por la belleza expresiva, la concisión retórica y el sentimiento humano; de la misma manera, hay poesías que sólo puede considerárselas como tal, por la caprichosa distribución de pensamientos en la página.

En el caso de Marasso, sus obras en prosa son parte inseparable de la labor poética; metáforas sublimes destellan con inigualado brillo y el alma se arropa en la musicalidad del verso escondido.

Un libro evocador, nostálgico, retrospectivo es el primero de este género, lo tituló *La Mirada en el tiempo* y apareció en 1946.

Decía el diario *La Nación* al comentarlo: “Es la mirada que penetra en los días lejanos desde la altura equilibrada y serena de un momento en que la vida reposa para contemplar las distancias sin retorno. Arturo Marasso ha escrito un libro de hoy con material de su ayer. Paradójicamente confidencial y expansivo, quedará como *Mis Montañas* (incorporado) a la emoción de las generaciones.

Otro matutino porteño lo consideró como un “libro de amor, de soledad, de retorno, de aquietamiento; quizá uno de los mejores nacidos del poeta polígrafo”.

Categóricos juicios como los precedentes no serían compartidos sin embargo; los ocultos enemigos que alguna vez señalara pretendieron menoscabar esta obra con apreciaciones intencionalmente deformadoras de la realidad como la que transcribimos seguidamente:

“La Biblioteca Nueva... no se enriquece precisamente, con la publicación de *La Mirada en el Tiempo*, un grueso volumen que firma Arturo Marasso. Son trescientas páginas de amenazador formato, en las que nada se concreta. No hablamos ya de imposibles relaciones del autor con la belleza de expresión... es una obra mucho menos concreta que los desaforados versos de Gagliardi... Recuerdos anotados con tantas palabras que pierden su frescura, enfática exposición con corolarios de filosofía barata, colman a este volumen y —contemporáneamente—, toda la benevolencia del hipotético lector. Engolamiento y falta de interés componen el diagnóstico de este penoso libro”.

¡Cuánto daño habrá producido en el sensible espíritu de nuestro poeta comentario de tal naturaleza! Y precisamente sobre un libro que debió interrumpir muchas veces “porque me venía el llanto del recuerdo y me dolía el huir del tiempo”.

En octubre de 1949, publicó *Libro de Berta*, páginas de intimidad y emoción escritas bajo el efecto de un profundo dolor, el fallecimiento de la esposa ocurrido cuatro meses atrás.

Si la unidad de la obra y el estilo expresivo se resienten a veces, es porque la efusión afectiva se impone y por la inexplicable urgencia de hacer perdurables los momentos convividos con la mujer amada.

En muchos aspectos, complementa el carácter autobiográfico de *La Mirada en el Tiempo*, pero reflota también, circunstancias y hechos que exceden lo meramente personal.

Su último libro en prosa fue *Joyas de las islas*, obra de poeta, de filósofo y de esteta

al decir de su principal comentador; libro extraño y difícil para muchos porque linda las fronteras metafísicas; como no podía ser de otra manera, su extraordinario saber lo arrastró a la indagación del ser y en ese deambular ontológico, desembocó en una postura panteísta como González, su hermano en el ideal.

El más grande elogio a este libro —escribió Jorge Cruz en *La Nación*—, es que el artista eminente haya logrado con el verbo, don del hombre y como él menesteroso, el acceso a ese mundo insular que resume los más altos sueños del hombre”.

Epilogamos esta evocación del ilustre chilicense, elaborada quizá con más admiración que idoneidad, retrotrayendo un frag-

mento que sintetiza el anhelo de toda su vida:

“Quise ser poeta; la pasión infantil y juvenil de la poesía fue una tentativa irrefrenable... la vida aparta, pero no dejé nunca de serle fiel como entendía o (como) pude... Horacio pedía a Apolo: “te pido conservar mi mente intacta; concédeme no arrastrar una vejez torpe y carente de cítara”; en mí también, mientras yo exista, no enmudezca esta cuerda de lira...”

Esto lo decía cuando ya contaba 75 años; un lustro más tarde, el 26 de abril de 1970, la cuerda maravillosa, sin ataduras terrenas, entraba en la vibración definitiva.